

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

46

(Continuación.)

—Pero no es más que un día de espera, y la esperanza nos dará una buena noche. Elena, algo reanimada, se apoyó en Diana y siguieron la marcha hacia la calle de Santa Margarita, en donde estaba su casa. Poco antes de llegar á ella ambas se detuvieron, contemplando, admiradas, un carruaje que se había detenido á su lado, bajando de él una señora y una joven enferma.

—¡Lola!—murmuró Elena.

—¡Y el Angel!—añadió Diana.

Lola, acompañando á Blanca, que apenas podía andar, entraron en la casa, cerrándose la puerta antes que las dos hermanas, inmóviles de sorpresa, hubiesen pensado en hacer un movimiento.

EL DESVÁN

Diana y Elena acababan de entrar en su habitación, un cuarto pequeño, en el que todo el mobiliario consistía en dos sillas y una cama de pino.

Elena se había dejado caer sobre una silla. Diana se apoyó en la cama, ocultando su abrasada frente entre sus manos; su fatiga y desaliento igualaban á la de su hermana.

En este momento supremo de cansancio y apatía profunda no pensaban ni aun en el encuentro que acababan de tener, á pesar de saber todo lo que había pasado en Penhoel, el robo de Blanca y el afán con que la señora, hacía dos meses, buscaba á su hija como una loca por todo París.

Transcurrió media hora sin que ninguna de las dos tuviese aliento para hablar. Al fin Diana rompió el silencio.

—¿Sufres?—dijo, mirando á su hermana.

Elena siguió oprimiéndose el pecho con las dos manos, sin responder.

Diana se levantó con un impulso de cólera.

—¡París!—exclamó con desgarradora amargura.—¡París, que veíamos tan hermoso y en donde vamos á morir desesperadas!... ¡Cuántos brillantes sueños y cuántas ilusiones desvanecidas!... ¡Virgen santa, tened piedad de nosotras!... ¡Pan, nn poco de pan!

Y se retorció con un especie de delirio. Hacía dos días que no comían.

—¿Por qué ha de dejar Dios penetrar en el corazón de dos pobres niñas tan insensatas esperanzas?—prosiguió.—¿Era un crimen querer defender á los que amamos?... ¡Oh! ¡Ahora comprendo nuestra locura!... ¡Con vuestras pobres canciones queríamos ganar quinientos mil francos para recobrar los bienes robados á Penhoel!

Su cuerpo se inclinó hacia atrás, levantando sus manos.

—Y hemos gastado ya las monedas del pobre Benito—continuó—y hemos vendido las cruces de oro que nuestro padre nos había dado, y el medallón en que estaban los cabellos de nuestra madre!... ¡Oh! ¡maldito seas, París!... ¡En pago de nuestros esfuerzos nos has dado el insulto y la miseria!

Elena exhaló un débil quejido, Diana se arrodilló á sus pies.

—Si supieras cuánto sufro—murmuró Elena, retorciéndose las manos.—¡Busca! ¡oh! ¡busca, hermana mía, á ver si hallas algo que vender!

Las miradas de Diana recorrieron la estancia.

—¡Nada!—murmuró—¡nada poseemos ya!

Y rodeó con sus brazos el cuerpo de Elena, sintiendo un objeto resistente bajo la ligera tela del vestido de su hermana.

—¿Qué tienes ahí?—exclamó.

Elena llevó las manos á su bolsillo.

—¡Dinero! ¡dinero!—exclamó, reanimada.—¡Gracias, santa Virgen, habéis tenido piedad de nosotras!

—¿Dinero?—preguntó Diana admirada.

Elena abrió la mano mostrando los miserables sueldos que el buen soldado había dejado caer en su bolsillo.

Luego abrazó á su hermana y salió corriendo para ir á comprar pan.

Diana, al quedarse sola, permaneció un momento inmóvil; después, como asaltada por un recuerdo, traspuso á su vez la puerta y subió hasta lo alto de la escalera, entrando en un desván vacío.

Al otro extremo del desván había una puerta llena de agujeros y anchas rendijas. Diana acercóse á ella de puntillas y miró.

Era un segundo desván habitado, pero que presentaba un aspecto de miseria espantosa, pues el único mueble que había era un jergón en el suelo, en donde yacía un anciano pálido como la muerte.

En otro rincón del cuarto estaba un hombre sentado en un tarugo de madera, con el traje desgarrado y la barba y cabello grises. Más allá había una mujer sentada en el suelo, con sus negros cabellos destrenzados y caídos sobre su rostro, que tenía la blancura y la inmovilidad del mármol.

El anciano acostado en el jergón era maese Geraud, antiguo posadero del Carnero Coronado; la mujer sentada en el suelo, Marta; el hombre de la barba gris, René, viceroy de Penhoel.

Los Penhoel vivían allí hacía dos meses, sin más recursos, últimamente, que la misera ofrenda que las dos hermanas hacían pasar por los agujeros de la puerta, sin que ellos, en el estado de profunda atonía en que se hallaban, tratasen de saber el origen de aquella limosna.

Diana y Elena iban allí diariamente desde que, por casualidad, averiguaron su paradero. No se descubrían por no confesar su oficio de cantoras; pero oían sus conversaciones y no ignoraban nada de lo ocurrido en Penhoel.

El pobre posadero de Redón había seguido á sus señores para ayudarles trabajando; pero desde las primeras semanas había caído enfermo sin poderse levantar. El tío Juan pasaba los días recorriendo la ciudad en busca de trabajo, sin hallarlo. Marta algunas veces salía con el alba buscando por todas partes á su hija; otras veces, anonadada bajo el peso de su dolor, permanecía tendida en el suelo desde la mañana á la noche. René bebía, cuando tenía, aguardiente, permaneciendo luego días y días sin hablar.

Diana contemplaba con el corazón oprimido aquella escena de muda y dolorosa desolación.

De pronto una puerta situada al pie del jergón se abrió, y apareció la blanca cabeza de Juan de Penhoel.

—Buenas noches, sobrino mío—dijo, atravesando el desván con paso lento.

René fijó en él una mirada estúpida.

—Buenas noches—contestó.—¡No tengo aguardiente!

Y señaló con el dedo una botella vacía que tenía al lado, á la vez que murmuraba entre dientes:

—Los dos me han puesto así... Los dos, mi hermano y mi mujer.

—Y bien, mi pobre Geraud—prosiguió el tío Juan, aparentando no haber oído á René,—¿cómo os sentís esta noche?

—¡Que Dios os bendiga, Juan de Penhoel!—contestó Geraud con voz muy débil.—Tengo una calentura muy fuerte. ¡Si me muriera sería mucho mejor!

—Os curaréis pronto, mi buen amigo, no desconfiéis.

—No lo sé—dijo el anciano, inclinando la cabeza sobre la almohada.

El tío Juan dirigióse al rincón en que estaba Marta é, inclinandose, tomó su mano y se la besó.

—Buenas noches, hija mía—dijo.

Marta sólo contestó con un movimiento de cabeza.

—¡Dios mío!—continuó el tío.—Estoy fatigado de recorrer todo París sin resultado... Mis cabellos blancos son un obstáculo... Dadme trabajo, no pido más que trabajo, soy fuerte aún, digo por todas partes; haré lo que queráis... seré el criado de vuestros criados... ¡No, no!... ¡Siempre la misma palabra!... En este París, donde se prodiga tanto el oro, cuando se es pobre y se tienen blancos los cabellos, es preciso tenderse en el suelo y esperar la llegada de la muerte.

—¡Pobre padre!—pensaba Diana, con las lágrimas en los ojos.

Marta permanecía fría, como si no se hubiese dado cuenta del sentido de tan dolorosas palabras.

El tío Juan sentóse á su lado y prosiguió, estrechándole las manos, con melancólica sonrisa:

—Y sin embargo, hoy tengo una esperanza... ¡Marta, si el pobre anciano pudiera socorreros!

Bajó la voz como para hacer una confidencia.

—Escuchad: al volver esta tarde, rendido de fatiga y con el desaliento en el fondo del alma, he oído, por las ventanas de un piso bajo, ruido de floretes. Entré, me acerqué al maestro y le pregunté si necesitaba un ayudante para su sala.

—¿Se tiraban las armas en tiempo del diluvio?—me preguntó con mirada desdenosa.

—¡Siempre mis desgraciados cabellos blancos! Es que tengo gran necesidad—le dije.

—¿Y qué me importa?

—Marchábame tristemente, cuando el maestro me llamó de nuevo para decirme que si quería barrer la sala y limpiar los floretes me daría veinte francos al mes. ¡Figurate si aceptaría! Le he dado las gracias... y dentro de ocho días comienzo á llenar mis funciones. ¿Me oyes, hija mía?

Marta hizo un movimiento.

—¡Ocho días!—murmuró con voz muy baja.—¡Es demasiado tiempo!... ¡La mano que nos daba un pedazo de pan ha debido cansarse!...

La cabeza del anciano se inclinó hacia el suelo.

Diana dejó de observar para correr á su habitación, en donde Elena acababa de entrar, alegre y consolada, mordiendo un gran pedazo de pan.

—¡Arriba sufren!—dijo Diana.—¡La señora tiene hambre!

—¡Y yo que no pensaba!...—exclamó Elena, soltando el pan.—¡Pronto, hermana mía!... Felizmente no les he quitado más que un bocado.

Volvieron á subir ligeras la escalera, y un momento después el pan se deslizaba por un agujero de la puerta, cayendo en el suelo empolvado del desván. Marta exhaló un grito de consuelo, cogiéndolo.

—¡Hermana mía—decía Elena,—al ver esto no se tiene hambre!

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES
Y LECTORES

REGALO DE 70.000 PESETAS

Boletín del sorteo 30 Noviembre 1901

que deben de remitir antes del día 15 del citado mes de Noviembre los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se recibía.

Sr. D.

calle , núm.

de

NÚMERO QUE INDICA

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren á este regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, é indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 30 de Noviembre próximo. Una vez lleno, cortarlo y remitirnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 15. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya los tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 31 de Diciembre próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 70.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 20; pero han de enviarse los boletines antes del día 15, pues entra en máquina el número el 16. Como se comprenderá, no hay posibilidad de engaño, ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 1¼ de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto, ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Las fiestas del Pilar se han deslizado apaciblemente y el Gobierno ha procedido muy *cuerdamente* prohibiendo la peregrinación anunciada, pues los sectarios de una y otra *cuerda* trataban de convertir el Coso en un campo de Agramante, sin ver lo fuerte de la *cosa*.

**

La lucha entre *aiterros* y *trañeros* va revistiendo cada día que pasa caracteres de mayor encono, y las pasiones van encendiéndose en aquella antes pacífica región, sin que pueda precisarse cuándo concluirán tan funestos antagonismos.

En Vigo, la Meca de los *trañeros*, se ha celebrado una imponente manifestación contra los *jeiteros* y la alta personalidad que los patrocina, con cuyo retrato quisieron hacer un auto de fe los más furibundos.

En el *meeting*, el público ahogó la voz de un modesto empleado de la Aduana, decidido á hacer un *contrabando* oratorio, defendiendo *urbi et orbi* las pretensiones de los *cofrades* del *xeito*.

Y los concurrentes gritaban como energúmenos: «Botarle fora» (Echarle fuera). ¡Este es el país de la tolerancia!

**

Los fogueiros de la Compañía Trasatlántica, *quemados* sin duda con la empresa á cuyo servicio están, se han declarado en huelga.

Dejando á un lado el aspecto jurídico y social de la cuestión, á mí me parecen poco oportunos los momentos actuales para esas deserciones del trabajo.

Porque me explicaría que holgasen en el verano, con los calores tropicales, pero no en estos días fríos, en que se agradece un buen calentoncito ante la lumbre.

El problema social está planteado en la tierra de María Santísima, y después de los desórdenes ocurridos en Sevilla es indudable que una chispa del incendio ha saltado hasta Cádiz, prendiendo en los inflamables corazones de los fogueiros que sostiene esa Compañía, tan calumniada por *hunos* y *holros*, pues con pocas personas tropieza uno que no digan la *Trasatlántica*.

**

El día 20 se celebraron en la mayor parte de los teatros de Madrid los consabidos *meetings* para pedir la abolición del odioso impuesto de consumos.

Desgraciadamente yo abrigo pocas esperanzas de que se consiga algo, teniendo en cuenta, sobre todo, la consideración capital de que ningún Gobierno puede cegar una fuente de recursos que le proporciona 90 millones de pesetas un año con otro, lo cual no es un grano de anís.

**

El Gobierno está en crisis. Y el Sr. Sagasta en la cama, por no alterar sus hábitos siempre que tiene una crisis en puerta.

Parece segura la salida de los Sres. Urzáiz y Duque de Veragua, y como se hacen muchos calendarios, cualquiera sabe quién entrará á *desempeñar* sus carteras, que buena falta hace.

Con este motivo la policía anda *ojo avisor*, pues los más *afamados* *carteristas* se

han puesto en campaña por ver si cargan con ellas.

Ó con otra que también está en peligro: la cartera del Banco.

**

No habiendo nada de punta, aquí debía hacer punto, pues como no hablé del *cornúpeto* de Adalid que obtuvo el premio en la corrida del domingo, organizada por la Asociación de la Prensa, ninguna otra cosa la tiene.

**

En estos días han circulado rumores de agitación carlista, pero eso es una estúpida *bola*, pues estos señores (lo sé de buena tinta) no se agitan ya ni siquiera antes de usarlos, como ciertas medicinas.

Hasta se llegó á hablar de una partida en el Maestrazgo, que luego resultó ser de inocentes cazadores entregados al dulce *sport* del conejo y de sus congéneres.

**

La guerra del Transvaal continúa sin incidentes dignos de mención, habiendo ocurrido varios encuentros en que los ingleses han llevado la peor parte, según su costumbre.

**

Aquí concluyo, y quiera Dios que en el próximo número no me encuentre tan falto de inspiración y de noticias como en el presente, que recomiendo á la benevolencia de mis sufridos lectores.

RAFAEL DE ECHEVARRÍA.

P. E. Acabo de leer que vienen á Madrid, con el fin de tomar parte en los debates del Senado sobre las congregaciones religiosas, 13 preladados. ¡Mal número! ¡Lagarto, lagarto!

EN EL ABANICO

de la bellísima Srta. Consuelo Sebastián.

Eres, Consuelo, el consuelo que consuela mis dolores, encarnas de mis amores el inconsolable anhelo. Cesara mi desconsuelo y feliz me consolara si consolador jurara tu labio, cual roja fresa, consoladora promesa que mis dudas disipara.

José Martín Ruiz.

¡YA LO SABÍ!

A la bella Srta. María del Carmen Fernández.

¡Ay, morena, morena, cómo me has puesto! Me quedé turulado al ver tus versos.

Muchas gracias, salada, por tus favores; tu verso es el consuelo de mis dolores.

Severo I. Sobrino.

DÉCIMA

A la muerte.

¡Oh, muerte, sino fatal de la humana criatura, que truecas en desventura la dicha del ser mortal! Con tu saña si'n igual y tu feroz tiranía me has robado mi alegría, partido mi corazón, destrozado mi ilusión, lacerando el alma mía.

Leopoldo de la Fuente y Andrés.

Concurso: núm. 16.

Amar rabiando.

I

En Málaga nació y vivía José Antonio, un chaval de quince años, tan bien alimentado y tenidos que aparentaba diez y nueve, no obstante la ausencia de barba que quería manifestarse y se anunciaba en débil pelusilla. Cursaba éste el año del bachillerato en que se estudia la retórica y poética, asignatura que más devoraba que estudiaba; quiero decir, y digo, que las sabía ya desde el prólogo hasta el índice el día que faltaba para llegar á los noventa de aquel curso; cosa rara en otros y explicable en él, que era un poeta.

Viene dicho del antiguo que *poeta nascitur*, y así es la verdad. José Antonio era poeta que pensaba, tenía numen y sentía. Crear, sentir y pensar son cualidades que pasan por comunes, no siéndolo tanto, y éstas eran las virtudes de su alma. De su exterior diré que ni era tan perfecto como Adonis, ni tan poco sublime como Picio.

Niño aún conoció, y luego trataba, á Carmela, una muchacha cuya belleza no pinto por temor á aminorarla, que era tal y tanta que para sí otras muchas la quisieran.

Fueron Carmela y José Antonio dos amigos enemistados siempre. ¿Y por qué eso? Fué un secreto para ellos y ha de serlo para mí.

Uno y otra jugaban juntos ó en unión de varios, siempre los dos de compañeros, pero siempre en pelea batalladora, y todo por nimiedades.

—¡Que no quiero que me traigas dalias! —decía Carmela á José Antonio.

—¡Jinojo! Pues se me antoja...

—¡Que no me ensucies el libro ni le deshojes! —rogaba él hablando á ella, y ¡zas! libro que, *ipso facto*, yacía maltrecho en el suelo. Y, sin embargo (cosa más rara!), estas discordias no eran sino perfectas armonías.

Dicho lo cual, no hace falta agudeza para comprender, adivinar ó saber que uno y otro, ignorando que se amaban, se amaban francamente, como aquel que oye música sin escucharla, ó como el que ve un panorama sin darse cuenta. Así, pues, si es cierto que ambos desconocían el amor, no lo es menos que ya eran presas de él; y como quiera que lo bello tiende á lo bello, él, un creador, un pensador, se había soldado á ella, una senti lora. Los dos en junto un tratado de psicología y ética.

—¡Si me traes dulces no te querré más! —decía Carmela, tornadiza y altiva, á lo que él respondía zumbón y altisonante:

—¡Jinojo! Pues mañana te traigo tres canoas de cubiletes y seis falúas de arropias.

¿Por qué amarse en la discordia?... Yo os juro que es el amor más placentero.

II

Llegó el verano, y con él vinieron otras alegrías y otros encantos para sumarse á los ya traídos por ésta.

No había en Málaga ni un balcón sin fiestas, ni una verja sin dos enamorados, ni una cancela á cuya entrada no se congregasen unos cuantos *chaveas* que tocaban los palillos y bailaban piernas y cuerpo al compás de bien cantadas sevillanas.

Se examinó de sus asignaturas José Antonio y obtuvo la más brillante calificación, y más tarde el premio de retórica y poética. Todos se alegraron, todos, hasta

Carmela, que en esto no le llevaba la contraria.

Llegaron los festejos. Eran en gracia y loor á la Virgen de la Victoria, costumbre que los malagueños perderán cuando pierdan su clima, que no lo perderán nunca. Entre otras fiestas figuraba la de Juegos florales, que había de celebrarse en el Liceo. Los prosistas y poetas acudieron, cuál con una oda, cuál con un cuento, quién con poemas, quién con romances: toda la prez literaria iba en seguimiento de alcanzar el premio. Y allá acudió José Antonio cantando en bien rimadas y sonoras y exquisitas décimas una composición que titulaba, y titulaba bien, *Nihil venit adversum quod non in prospera cedat*, afimismo que vertido á un proverbio castellano dice: «No hay mal que por bien no venga».

El mejor elogio que de ellas puede hacerse es decir que obtuvieron por aclamación del jurado la «Flor natural».

—Ya soy la reina de la fiesta—pensaba para sí Carmela, que ha tiempo lo era de la hermosura. Y ya en su fantasía se encontraba entre la corte de amor, desde cuyo trono veía cosas que la embriagaban el alma en aquel momento. Y llegó el de la celebración y se leyó la poesía premiada, que fué aplaudida hasta el cansancio. Tomó la flor José Antonio y fué á sacar á la reina, que resultó ser la Srta. Mercedes...

Acabó el acto y aquél corrió al lado de Carmela, á quien encontró brotando ira y fuego y rencores de aquel rostro, por sí solo bastante á conturbar el alma de más temple.

—Mira—le dijo,—te he hecho pasar la última rabieta... ¡¡Jinojo!! ¡No me mires así, porque me sincopizo!... Oiga osté, mosita *bari*... sepa osté que yo... que yo... la amo y desde hoy ¡osté sabe! ¡¡Jinojo!! seremos enemigos amistados; y le cogió la mano y la apretó vehemente.

Con ser feliz aquel día, no lo fué más que los pasados.

Y cuentan que hablando con un su amigo, el cual le ponderaba las primicias del amor sin trabas, repentizó la cuarteta que á seguidas va:

Aseguro, pruebas dando
de amigo franco y sincero,
que fué siempre *amar rabiando*
el amor más placentero.

C. CAAMAÑO DE HORCASITAS.

POR UN BESO

Poesía dedicada á la bella Srta. Carmen Pérez.

Deja que en tu hermosa frente
un beso selle mi boca,
porque es mi pasión tan loca
que por ti vivo impaciente.
Si te escucho de repente
la frase de *no te quiero*,
de dolor casi me muero,
y eso puede demostrarte
que el vivir yo sin amarte
para mí es castigo fiero.

Carlos Esquivel Marguñez.

DESENCANTO

Durmiendo tu imagen para
contemplaba extasiado,
cada vez de tu hermosura
más locamente prendado.

Pero luego, al despertar
de sueño tan engañoso,
vi que al pie del santo altar
quedaste unida á tu esposo.

Blas Sánchez.

TANGO

A la Srta. Eulalia Becerra.

¡Ay, no me des más achares,
yo te lo pido, serrana mía!
Me están dando unos sudores
que tal parecen de la agonía.
¡Tú ya no me quieres!...
La Virgen te vuelva buena
la mala sangre que tienes!

Fernando de Urquijo.

LA MAYOR RIQUEZA

Porque no tengo riquezas
me despreciastes, ¡ingrats!
Tú no quieres comprender
que lo que vale es el alma.

Antonio Torres Ruiz.

Concurso: núm. 17.

LA MANCHA ROJA

.....
Era una casita blanca, muy blanca, en medio de un cuadro de musgo verde sembrado de margaritas blancas también.

Formaba aquel espacio un hermoso paisaje.

Arriba, un cielo azul, de un azul purísimo, servía de trono al radiante sol, que alumbraba y fortalecía con sus rayos el campo verde, sembrado de florecillas; abajo, la casa, graciosa, pequeñita, mostrando sus ventanas adornadas de macetas con rosas y claveles blancos; con su emparrado coronando la puerta, por entre cuyos pámpanos colgaban los racimos en agraz, convidando con su frescor y sombra á dormir la siesta; era un paisaje de Andalucía.

En aquella casita vivían dos personas: una moza morena, fresca, alegre, de ojos negros y brillantes, que daban envidia al sol, boca de labios rojos, por la que salía la risa con sonidos iguales á los que produce el agua del arroyo al deslizarse entre las peñas; su pelo era negro como la endrina, hermoso y abundante; su cuerpo esbelto asemejaba á la palmera al cimbrarse dulcemente en baile cadencioso.

Su acompañante era un mozo fornido, fuerte, tipo del trabajador infatigable, de tez morena tostada por los rayos del sol; un hombre laborioso, honrado, con la honradez que nace dentro del pecho.

Eran marido y mujer: ambos se querían con ese cariño puro que ansía besos y caricias, que busca un rinconcito donde esconderse, que anhela sonrisas y alegrías.

Su dicha era la dicha de la paz: les bastaba con aquel pedazo de tierra, llena de luz y de sol, donde los pajarillos sostenían piando tiernos idilios, tan tiernos como los suyos; vivían solos: el amor cuanto más escondido más grande.

Pero nunca falta un amigo traidor, y la mujer aquella, la de los ojos negros, la de boca de labios rojos, la de pelo de endrina, faltó á sus deberes con un mozo de labor y desdeñó las caricias del que vivía pendiente de su voluntad, del que la amaba con un amor tan puro como la blancura de aquella casita blanca, enclavada en un cuadro de musgo, sembrado de margaritas blancas también.

.....
Y una noche, cuando la infiel esposa y el traidor amigo sostenían una animada conversación, apareció el esposo agraviado, la navaja empalmada, pálido, con la palidez de las margaritas blancas bañadas por la luz de la luna.

El otro huyó campo traviesa; ella quiso seguirle, pero imposibilitada por el terror

cayó en tierra, sobre el musgo verde sembrado de blancas florecillas.

El marido burlado se arrojó sobre ella, y ciego, con la ceguedad que produce la ira, se cebó en el débil cuerpo de la infame: clavaba, clavaba sin cesar el arma, como si encontrase un placer en herir. Cuando se convenció de que estaba muerta se levantó, miró á todos lados, arrojó la navaja, y sin atreverse á dirigir la vista hacia su víctima, echó á correr.

* *

El sol asomaba ya por Oriente; los pajarrillos sostenían piando amorosos idilios.

La casita blanca estaba triste, muy triste. Las rosas y claveles de las ventanas se inclinaban mustios sobre sus macetas, faltos del riego diario.

Allí, formando vivo contraste con la blancura de las margaritas, había una gran mancha roja: era sangre, sangre de la morena de negros ojos, de boca por la que salía la risa con sonidos iguales á los que produce el agua del arroyo al deslizarse entre las peñas, de pelo abundante y como la endrina, de cuerpo esbelto: era sangre de la esposa infiel, de la mala mujer.

Han pasado muchos años; los rayos del sol han secado muchas margaritas y la lluvia las ha vuelto á dar vida; sin embargo, sufriendo el fuego del sol y aguantando el agua de las nubes, aún está allí el manchón rojo turbando la armonía del paisaje, con su casa solitaria y sus margaritas blancas sembradas en un cuadrado de musgo verde...

FRANCISCO SERRANO ANGUIITA.

LA MACARENA

Con ese pañuelo al cuello
y ese mantón de Manila,
pareces la Macarena
que se venera en Sevilla.

Ignacio Muñoz.

SUPER OMNIA

Todo, Señor, tu omnipotencia canta,
desde ese cielo azul que maravilla
hasta el inmenso mar que nos humilla
y la soberbia del impío quebranta.

La oscura noche que al malvado espanta,
la luna, el sol que esplendoroso brilla,
el verde musgo con la flor sencilla
y el cedro que orgulloso se levanta.

Mas sobre todas esas creaciones
elévase arrogante y victoriosa,
cual promesa de un mundo superior,
como reina de nuestros corazones,
la obra de Dios más grande y más hermosa,
la que supera á todas: ¡el amor!

Angel Rodríguez.

LO QUE SIENTO

A mi querida hermana.

Cuando la alegre sonrisa
veo en tu rostro de cielo,
dando mas vida á tus ojos,
no sabes tú lo que siento.

Si en lugar de reír lloras
con amargo desconsuelo,
¡ay, hermana de mi vida!
la muerte entonces desee

Licer Muñoz.

LO QUE YO QUIERO

Que me cierres los ojos, vida mía,
al morir y me pongas la mortaja,
y que me deposites en la caja
llegado para mí tan triste día.

José Serrán Ruiz.

COSAS DE LA VIDA

I

Nos hallamos en un gabinete coquetamente adornado, en el que reina bastante oscuridad; tan sólo es iluminado á ratos por las débiles llamas de una chimenea, cuyo fuego se va amortiguando poco á poco.

Una mujer joven se halla reclinada en una elegante marquesita. Está durmiendo, pero su sueño no es tranquilo, pues multitud de gritos incoherentes salen de su garganta.

Se halla despeinada; sus largos y hermosos cabellos rubios, cual las lozanas espigas, caen casi todos sobre el respaldo de la marquesita, y otros la tapan en parte su hermoso aunque pálido rostro.

¡Qué cara tan angelical! Sus ojos cerrados por el sueño forman dos gruesas rayas, sus largas pestañas se inclinan lánguidamente hacia abajo. Una doble fila de nacarados dientes se deja ver entre sus separados labios.

Se halla en la mejor edad de la vida. La edad de las alegrías, la edad en donde nacen los amores; sin embargo, aquel rostro denuncia sufrimiento, contrariedades. A pesar de su juventud, algunas rayas surcan ya su ancha frente.

¿Qué historia es la suya? ¿Qué contrariedades serán las que ella sufriera?

¿Su historia? De las más sencillas. ¿Sus sufrimientos? Motivados por el amor.

Ella amó con frenesí, con locura, á un hombre, Fernando. El correspondía á su cariño. Ambos pensaban unirse mediante el estrecho lazo del matrimonio; tan sólo le detenía á él la terminación de su carrera; en cuanto la terminara, pediría permiso á sus padres y se casarían. Ella no tenía que pedirle, porque no tenía padres: era una de esas hijas del pecado, que desde el momento que nacen, la desgracia se cierne sobre sus cabezas; no conoció á su madre, no sintió su cariño, no recibió sus caricias llenas de dulzura, sus apretados besos y, por último, ese interés que sólo las madres se toman por sus hijos.

Pero ya ella no pensaba en eso, tenía á su Fernando, se casarían y formarían un nido de amor que sería envidiado por todos.—¿No es verdad que lo formaremos?—decía ella.—Sí, María,—contestaba él.—Y así vivieron dos años formando castillos en el aire, pensando en el porvenir y creyéndole lleno de abricías y alegrías; pero estas últimas duraron poco. Una pequeña nube vino á tapar en parte aquel bello horizonte que ella vislumbraba.

Empezaba la primavera, y con ella el calor, y las flores abrían sus cubiertas florales suavemente movidas por la brisa.

María empieza á notar en Fernando una frialdad extremada. Los celos empezaron á picarla con su afilado aguijón. Un día le dijo:—Fernando, tú no me quieres.—Sí, María, ¿por qué no?—contestó él. Varias veces repitió la pregunta, obteniendo siempre la misma contestación, pero cada vez iba acentuándose más su frialdad. Unos cuantos días dejó de ir á verla, y otros tantos pretextos tontos salieron de su boca; por último, un día recibió una carta en la cual Fernando se despedía de ella y le notificaba que su padre, que estaba en París, le había mandado un telegrama con una noticia importantísima y que se marchaba aquel mismo día, siéndole imposible despedirse de ella personalmente.

Ante tal noticia, María quedó anonadada; con rabia rompió la carta, dejándose caer en una butaca.

Una hora después, una mujer vestida

de negro y recostada en el interior de un coche de punto se dirigía rápidamente á la estación del Norte. Allí, escondida entre la gente, pudo ver á Fernando del brazo de una mujer alta, esbelta, tapada la cara con un buen tupido velo que hacía imposible verla el rostro.

La mujer que escondida entre la multitud los espía era María; por un momento pensó salirles al encuentro, acercarse á él, recriminarle, echarle en cara su mala conducta; pero una fuerza invisible la sujetaba, una voz interior le decía que los dejase.

Partió el tren, y María, tomando un coche, se dirigió á su casa. Desde aquel día cayó rápidamente enferma, la anemia se apoderó de ella, al mismo tiempo que una tristeza la invadía completamente. Así es como la encontramos al principio de este artículo.

II

Dos años después, en la Castellana:

—Oye, Antonio, mira aquel coche. ¿Quién es la que va dentro?

—Carmen F.

—Es verdad, no la había conocido.

—¿Vamos á sentarnos?

—Como gustéis.

—Mira la condesa ***.

—Está la mar de guapa.

—Oye, ¿quién viene en aquel castruaje tan elegante?

—Espera que esté más cerca. ¡Ah! Si es María C.

—¿María? ¿No estaba mala?

—Curó, hombre, y hasta se ha echado otro Fernando.

—¿Da veras?

—Sí, chico; cosas de la vida.

CARLOS PRIMELES.

ELEGÍACA

Mis padres en su aflicción
lloran su calma perdida;
el encanto de su vida
reposa en el panteón.
El hijo que era el consuelo
y encanto de su existencia,
tras espantosa dolencia,
subió de la tierra al cielo.

Antonio León Ballesteros.

EL USURERO

Soneto.

Cuando encontréis á un hombre distraído,
que no le place el ámbar de las flores,
sin parientes ni amigos, sin amores,
pobre de gusto y falto de sentido,
siempre en demandas, siempre compungido,

protestando á los jueces y asesores
que dió su plata por hacer favores
sin interés á quien halló afligido,
y si le ois hablar bajo y confuso
de letras, premios, pérdida y dinero,
medrando á expensas del fatal abuso,
temedle como al mismo cancerbero;
porque, si no es procurador intruso,
será su equivalente: un usurero.

Felipe García Triviño.

RIMA

Lágrimas derramé de sangre ardiente
por lograr en mi anhelo
la pasión que en tu pecho se albergaba.
Tú miraste tranquila, indiferente
mi triste desconsuelo
y reías al verme que lloraba.
Pero logré vencer tu indiferencia,
y yo, que asegurado
estoy de que me quieres y me adoras,
ya no siento por ti tanta demencia.
Estoy tan variado,
que hoy me río al saber que te triste lloras.

R. M. Capdevila.



Nadie diría que estamos en la mejor época para los teatros, salvo las fiestas de Navidad, según se muestran de reacios en principiar su campaña unos y de estrenar todos los que funcionan, haciéndose, por consiguiente, muy difícil é ingrata la tarea de comunicarnos con nuestros lectores.

De Lara, Esclava y el Cómico nada nuevo podemos decir, puesto que continúan con el conocido repertorio y no ofrecen novedades para atraer al público, deseo de conocer y aplaudir nuevas obras, ya que resulta condenado á soportar ciertos artistas.

Se inauguró el teatro de la Zarzuela, reformado lujosamente, con «La tempranica», «La balada de la luz», «El dúo de la Africana» y «Los alojados», obras escogidas para la presentación de la plana mayor de la compañía, y toda ella fué aplaudida, especialmente Lucrecia Arana, cuya voz no decae, y Feliza Lázaro.

Está ensayándose «El bateo», de Domínguez Alfonso y Chueca.

También abrió el Español, poniéndose en escena «García del Castañar», obra que no enoja en Matilde Moreno, *digan lo que quieran los termómetros*, pues si bien declamó briosamente su papel, resulta pequeña su figura para encarnar la Blanca que imaginó Rojas. Thuillier y Cuevas, así como el resto de la compañía, bien.

En Apolo se ha estrenado «El coco», zarzuela original de Francos Rodríguez y Jackson Veyán, música de Vives. La zarzuelita, que tiene tonos cómicos y dramáticos elegidos con acierto, ha gustado, siendo muy inspirada la música.

Autores y artistas fueron aplaudidos y llamados á escena varias veces.

Diego Garví.

ROMANCE

Ricardito el de Marquina,
que es un burro en cuerpo y alma,
por querer ser impresor,
da en su casa la gran lata.
Lo consigue, y cierto día,
cuando ya supo la caja,
el regente le mandó
que un artículo copiara,
y al ponerse á componer
muy emocionado exclama:
¡Luego *icen* que en *Madrid*
preñuncian bien las palabras!
Pus el que ha *escrito* esto
ha *ponido* haya por *aiga*,
y además con una *hacha*
que no sé pa qué hace *farta*.

José Cuadrillero.

SONETO

A una ingrata.

Apártate de mí, pues tu falsía
es más grande, mujer, que tu belleza,
y consiguió imponerse á mi firmeza,
robándome la calma y la alegría.

No te acerques á mí, que al alma mía
la inunda de dolor y de tristeza,
pues te juro que tengo la certeza
de que mi salvación arriesgaría.

¡Al reunirnos antes quien pensara
que iba á ser tan distinto nuestro sino
como en su marcha el tiempo ahora de-
clarar!

¡A los dos nos juntó nuestro destino
y á los dos otra vez hoy nos separa
por no poder seguir igual camino!

Enrique Arbós y Orbe.

RÁFAGA

El amor es alimento
exquisito y delicado,
y el que una vez le ha gustado,
sin éi no vive contento.

Por eso yo, al contemplar
de tu ser la imagen pura,
di en la támara locura
de querer tu amor probar.

Alfonso Moneo Puertas.

¡SÓLO TÚ!

Dedicado a la simpática Srta. Carmen
Lucía.

Otra vez á las puertas de tu aldea
á recobrar tu amor me acerco ya...
La iglesia cerca... el cementerio lejos...
nada ha cambiado aquí... ¡todo está igual!

Veo las mismas cándidas palomas
que el vuelo tienden por el cielo azul...
Todo lo encuentro igual que lo he dejado...
Nada ha cambiado aquí: ¡tan sólo tú!

Gregorio Valle.

SONETO

Difícil me parece hacer sonetos;
es éste para mí muy duro trance;
páreceme imposible que yo alcance
catorce versos escribir completos.

Ahora me encuentro haciendo los cuarte-
tos;

no sé si saldré bien de aqueste lance;
más al fin me contento con que avance
hasta el primero de los tercetos.

Ya estoy en el primero, mas no fio
dejarlo airoosamente terminado.

¡Gracias á Dios que se acabó este lío!
Penetro en el segundo sin enfado;
del antiguo temor ahora me río,
pues con éste el soneto ha terminado.

Luis de Antón del Olmet.

TUS OJOS

Cuando miran tus ojos,
niña hechicera,
del fuego que desprenden
todo lo quemau.
¡Ay! No me mires,
que con tanto mirarme
todo me fries.

Y aquel día sereno
y de alegría
que con una mirada
me diste vida,
con más contento
pasé aquellos minutos
que años viviendo.

Eduardo Arias.

¿Y QUÉ IMPORTA?

¿Que perdimos posesiones?
¿Que se acabó la leyenda?
¿Que no valen nuestros hombres
y que no tenemos fuerza?
¿Y eso qué importa? Nosotros
ahora mismo poseemos
las mujeres más hermosas
que pueblan el universo.

Julián Martín Salazar.

COPLILLA

En la puerta del Pilar
un baturrico decía:
—Si me golviera santico,
¡cuántos milagros haría!

Antonio Lecha.

MENUDENCIA

Por darte un beso en la frente,
el hombre más majadero
sin poner inconveniente
daría un millón entero.

Si yo te diera lo mismo
por los besos que te he dado,
cuando yo muerto estuviera
aún no te habría pagado.

Manuel Riques Trillas.

A UNA MUJER

Te amaba con delirio, con locura,
con ciego frenesi te idolatraba;
mi gloria, mi existencia, mi martirio
mi pensamiento, en fin, y sin alabanza
éraslo tú; que aun hasta el crimen mismo,
si un día lo exigieras, yo llegara...

Transcurrió el tiempo aquel, y vino el
día
que el desengaño penetró en mi alma;

frenético otra vez en mi delirio,
de todo renegué, ¡quién lo pensara!

Enrique Gálvez y Guldos.

SALUD

A los cajistas de «La Avispa».

Para poder saludaros
á las musas yo llamé,
y ellas me dicen os diga
que Dios larga vida os dé.

Leocadio Martín Ruiz.

SAETILLA

¡Qué vida la de Madrid,
qué cosa tan aburrida!
¡Al que no tiene dinero
hasta las moscas le pican!

Secundino Arango.

MI VIDA

De noche y día me tienes
delante de tu balcón,
por si acaso el otro viene
á darte conversación.

Eugenio Campos Cantos.

MESA REVUELTA

Hemos tenido el gusto de recibir y leer
el precioso tomo de cantares que acaba de
publicar nuestro querido compañero y an-
tiguo colaborador de LA AVISPA, el abo-
gado del ilustre Colegio de Madrid don
Francisco Pinto (Paco Pinto).

Si los apremios del tiempo nos lo per-
mitieran, reproduciríamos aquí, para solaz
de nuestros lectores, varias de las com-
posiciones que, por decirlo así, esmaltan la
obra del Sr. Pinto; pero, de todas suertes,
transcribimos una de ellas, la que dice:

Mata, dolor, en la sombra,
pero á los ojos no asomes.
¡Mira que el mundo se hrie
cuando lloramos los hombres!

Sobresalir en un género tan difícil y
que parece agotado, sobre todo en Espa-
ña, donde han brillado los Palau, los To-
var, es empresa del mayor encomio, y sus
cantares vienen á enriquecer el Folk-Lore
nacional.

Se vende al precio de una peseta.

Y va de abogados.

El notable escritor y querido amigo
nuestro D. Sebastián López Arrojo ha
publicado un curioso libro titulado *Sin U*,
miscelánea de artículos y poesías en que
se precinde de la última de las vocales

Amigo López Arrojo,
le juro por Belcebú
que no me explico el antojo
ese de escribir sin *u*,
pues el empeño no es flojo.
Y aunque sea indiscreción
del que estos versos perpetra,
contésteme á esta cuestión:
¿protestó usted esa letra
por falta de aceptación?

Recomendamos á todo el mundo la ad-
quisición de la ingeniosísima obra de don
Sebastián López Arrojo, que se vende al
precio de la anterior.

CORRESPONDENCIA DE LA REDACCIÓN

Con el cuento núm. 17, que hoy publicamos, termina nuestro concurso. Esta Redacción ha escogido los publicados, entre los 185 que le han sido remitidos, sirviéndole como única norma su valor literario, sin atender á recomendaciones ni amistades. Ahora, nuestros queridos colaboradores, suscriptores y lectores tienen la palabra. ¿Cuál es el mejor? Vengan sus votos, para conceder el premio.

P. N.—*Cangas de Tineo*.—Todo lo de Cangas nos produce un *canguis* inventible.

L. M.—*Villagarciá*.—Con otra bomba de mano como el soneto que envía, ¡adiós trañeros!

T. B. y P.—¡Me río yo de la máquina Yost, y de todas las demás de escribir, ante su fecundidad literaria!

M. R.—*Mula*.—Créame usted, joven, esos desplantes son *coces contra el aguijón*. Usted es... de su pueblo.

V. M. y L.—Se publicará, con algún corte. La suscripción por un año á LA AVISPA cuesta cinco pesetas.

J. C.—Su *trabajo* no es publicable. Mande otro.

E. P.—Lo sentimos en el alma, pero á lo hecho, pecho.

M. F.—Se tendrán presentes sus observaciones.

C. G. D.—¡Pobrecilla! ¿Y no la *colló* también la lotería?

T. G.—Su epigrama lo publicó *El Ejército Español*, en uno de sus últimos números, con otra firma.

P. R.—Es usted muy pillín. ¡Caray, caray!

P. M. S.—*Arnedo*.—Entran en turno.

X. Y. Z.—No podemos decir lo mismo de sus cantares: éstos no entran en *turno*, sino en *turno*, como los hijos sin padre.

R. M. de D.—Las poesías quedan admitidas.

A. S. de M.—Por lo visto, Dios no le llama á usted por ese camino.

P. C. P.—Con mucho gusto publicaremos su soneto «La ciencia». ¿Prefiere usted hacerlo con sus iniciales ó con sus nombres?

S. L. A.—El político de la tarjeta-anagrama no se llama José, sino Alberto; no vale confirmar aquí á la gente.

J. E. F. T.—Aprovecharemos una parte de su envío.

A. T. R.—Sus originales entran en turno.

J. G. R.—Quedan admitidos sus sonetos.

L. P. B.—Idem *id. id.*

M. Ll.—Será usted complacido.

M. del C. P.—Con mucho gusto publicaremos su precioso romance.

R. C.—Queda admitido «¿Por qué?»

V. R. A.—Sus artículos «La modista» y otro se publicarán; no hay que impacientarse, pues son ustedes muchos.

S. del M.—Veremos de servirle.

D. C. T.—No estamos conformes con usted; aún hay *clases*.

L. C. M.—Se publicará.

V. H.—Queda admitido.

T. de S.—Entran en turno.

A. T. del O.—Muy propia para el día de Difuntos.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

C. M.—Vitoria.—En la casa que usted cita en su carta del 20 vive D. B. L., con quien hemos hablado; se encuentra bueno, y nos ha dicho que escribiría á usted proponiéndole la manera de solventar el asunto pendiente entre los dos.

M. A.—Toledo.—Existen aún algunos metros de tela igual á la muestra que nos ha remitido en el comercio citado por usted.

Como favor especial hemos conseguido reserven la tela existente hasta que usted nos diga las varas que desea, agradeciendo su pronta contestación para no causar perjuicio al dueño del establecimiento.

S. P.—Guadalajara.—Hemos entregado el retrato que ha remitido á la sociedad de fotografiado de R. Rocafull, al objeto que nos indica usted, debiendo manifestarle que el coste del grabado es de 10 pesetas.

La remesa de fondos sirvase hacerla en letra de Giro mutuo.

V. L.—Soria.—No podemos darle precio de la capa que desea, porque varía según la calidad del género y embozos; nosotros nos ajustaremos á la cantidad que usted remita, y puede estar seguro que quedará complacido.

E. S.—Barcelona.—Enterados del encargo que nos hace, procuraremos poner todos los medios para complacerle; debemos, no obstante, advertirle que es asunto que requiere algún tiempo y que tal vez ofrecerá algunos pequeños gastos, que ya le diremos según usted nos indica.

J. M.—Sevilla.—El expediente de usted ha sido informado favorablemente por el negociado respectivo.

No dejamos este asunto de la mano hasta su terminación, que casi le aseguramos será satisfactoria.

A. R. B.—Santiago de los Caballeros (República Dominicana).—Queda hecha su suscripción, que finalizará en 20 de Octubre de 1902.

J. E. F. T.—Aracena.—No es posible complacerle por no tener relaciones ni influencia sobre las personas que cita. Diríjase directamente y será lo mejor.

A. L.—Espiel.—Las botas de montar que desea, incluso portes y embalaje, le cuestan 30 pesetas.

C. D.—Cádiz.—La tinta diamante para escribir en el cristal. Es una mezcla de fluoruro de amonio, sulfato de barita y ácido sulfúrico. El sulfato barítico es en cierto modo el soporte del ácido fluorhídrico. Se obtiene una mezcla semifluida con tres partes de sulfato de barita, una parte de fluoruro y cantidad suficiente del ácido sulfúrico.

Los frascos, de 8 gramos próximamente, se cubren por fuera de una capa gruesa de asfalto y por dentro de cera; los taponen con de caucho.

También se venden en frascos de gutta-percha.

D. S.—Lucena.—El mejor procedimiento para pintar el papel de luto es frotar con un cepillo cubierto de polvos negros mezclados con cera derretida y esencia de trementina.

R. S.—Albacete.—Manchas de bujía en el traje.—El mejor medio para quitarlas es colocar sobre aquéllas un trozo de papel (*Buvará*) de estraça ó de filtro y aplicar un hierro caliente por encima, una plancha, por ejemplo; la estearina se derrite, empapando el papel.

También se quitan fácilmente tanto las manchas de estearina como las de cera eliminando todo lo que se pueda de ellas con las uñas ú otro objeto cualquiera y frotándolas luego con un trozo de paño empapado en espíritu de vino.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—ILUMINABA
- 2.º—AVELINA
- 3.º—DOROTEO
- 4.º—CONSTANTINOPLA
- 5.º—PANTALON
- 6.º—CARRO
- 7.º—COCODRILO
- 8.º—SORTEO

Habiendo dado soluciones conformes los Sras. D. Octavio Mateos, Francisco Pedrosa, Antonio Torres, Basilio G. Herrero, Carolina García, Valeriano Hernandez, Manolito el de Tamara, Melquiades Puntela, Auspicio Relea, M. del Carmen Fernández, José Gómez y Ramoncito y Joaquineta Rojo, de Madrid; Antonio León, de Valdepeñas; Alfonso López, de Espiel; R. María Capdevila, de Cieza, y José Ruiz, de Arévalo.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Es mi primera vocal, consonante mi segunda, y la tercera un artículo que en cualquier escrito abunda. Si las tres sílabas unes, con ellas podrás formar el nombre de una muchacha que á mi me gusta la mar.

Francisco Pedrosa.

2.º

Primera conmigo, hermosa deidad, que si dos no quieres no me faltará. Que si eres tres repetida, la buena todo te dejara.

V. Díaz González.

3.º

No bien llegué á mi TODO, le dije á Pura: —Esposa, dos primera la una dos una, porque de nuevo soy ministro, y mi cargo jurar hoy quiero.

Sobastián López Arrojo.

4.º

Tres dos á primera que el TODO me diera.

Francisco Mendoza Duchá.

5.º

Al pasar por TODO el tren un dos prima compré á Pura, pues la hermosa criatura los vendia en el andén.

Mariano Escalera.

6.º

CHARADA PARTIDA

En medio de un árbol colocar una vocal. El TODO instrumento musical.

L. Pradel Benito.

7.º

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

F nota

Carolina García Camarasa.

8.º

KKK K ja vaca

Alberto Gallego García.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 9 del próximo mes de Noviembre tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sellado 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole ESPECIAL no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 d.º

